

un gesto de nuestra reducida familia hay que no desvie mi entendimiento de alguna cosa necesaria.

—¿Y te figuras que el anacoreta tiene en su celda menos distracciones?

—Las suyas se limitan á proveer á las necesidades imprescindibles de la vida, y éstas pueden reducirse á coger unas cuantas raíces y yerbas. Los hombres han vivido ya como las bestias; bueno es, pues, que vivan también como los ángeles. . . . ¿y por qué no habría de vivir así yo?

—¿Y tú eres el hombre sabio de este mundo. . . . el que ha estudiado los corazones de los demás. . . . el que anatomiza el suyo propio! ¿No has descubierto que el hombre, además de tener un estómago exigente, lleva dentro de sí un corazón corrompido? He visto muchos hombres, que en su prisa por huir de los enemigos exteriores, se han olvidado de cerrar la puerta de su corazón á peores enemigos, prontos á introducirse en él. Muchos monges, amigo mío, cambian de sitio, pero no destruyen por eso la angustia de su alma. He conocido algunos que, obligados á alimentarse de sus ideas en la soledad, se

han arrojado desesperadamente de las rocas, y han traspasado su cuerpo para librarse de pensamientos que un compañero, una voz cariñosa, habrían alejado de ellos. He conocido otros tan envanecidos con las penitencias destinadas á humillarlos, que han despreciado todos los medios de gracia, cual si fuesen ya perfectos; y rehusando hasta la Santa Eucaristía, han vivido halagados por sueños y visiones que les sugerían los espíritus malos. Uno sobre todo, en la locura de su orgullo, se resistió á que le aconsejase ningún hombre. . . . diciendo que no llamaría á ningún hombre su maestro. ¿Y cuál fué su fin? El que acostumbraba alabarse de que podía vagar todo un día en el desierto sin comer ni beber; el que se jactaba de sostener su vida por tres meses consecutivos solo con yerbas silvestres y el Pan Bendito, impedido de un fuego interior, huyó de su celda para ir á frecuentar los teatros, el circo, las tabernas; y concluyó su miserable vida en una glotonería desesperada, diciendo que todas las cosas no eran más que fantasmas, negando su existencia, y hasta la de Dios.

Arsenio sacudió la cabeza.

—Sea.... Pero mi caso es diferente. Tengo que confesar todavía otra cosa, amigo mio. Cada dia me persigue mas el recuerdo de ese mundo de que he huido. Conozco que si volviera á él no hallaria placer en sus pompas, que despreciaba aun cuando vivia en medio de ellas. Los cantos de hombres y mugeres no tienen ya ningun atractivo para mí, ni puedo ya distinguir lo que como ni lo que bebo. Y sin embargo.... los palacios de aquellas siete colinas, sus hombres de Estado y sus generales, sus intrigas, sus derrotas y sus triunfos.... (porque aun pudieran levantarse de su postracion y veneer) asaltan de continuo mi imaginacion; no hay momento en que no me seduzcan, como á la mariposa la luz que la ha quemado ya una vez, con un terrible encanto, al que por fin cederé ¡miserable de mí! contra mi voluntad; ó me libraré de él huyendo á algun desierto lejano, de donde el retorno sea imposible.

Pambo se sonrió.

—¡Y eres tú, vuelvo á decir, el hombre sábio y lleno de experiencia, el escaudriñador de corazones! ¡Y quieres

huir del pequeño convento de los Lauros, que á ratos distrae tus pensamientos de tales sueños, para sepultarte en una soledad, donde serás su víctima! ¡Bien, amigo! ¿qué mal hay en que algunas veces te sientas inquieto y formes planes por este ó aquel hermano? Mejor es sentir ansiedades por otros que por uno mismo. ¡Mas vale tener algo que amar.... y hasta porque llorar.... que ser en una solitaria caverna el mundo de sí propio.... ó quizá, como muchos á quienes he conocido, constituir de su misma persona su Dios!

—¡Sabes lo que estás diciendo? preguntó Arsenio con cierta agitacion.

—Digo, que huyendo un hombre a la soledad se segrega de todo lo que forma al cristiano; esto es, la obediencia, la aynda prestada á sus semejantes, la abnegacion.... hasta de la comunion de los santos.

—¿De qué manera?

—¿Cómo has de mantener comunion con aquellos á quienes no puedes mostrar amor! ¿Y cómo has de mostrar amor sino con amorosas obras?

—Puedo, á lo menos, orar dia y no-

che por todo el género humano. ¿No tiene esto un lugar.... mejor dicho, no tiene el lugar preferente en la comunión de los santos?

—El que no puede rogar por hermanos á quienes ve, y cuyos pecados y tentaciones conoce, es difícil que ruegue con fervor, amigo Aufugo, por hermanos á quienes no ve, ó por otra cosa cualquiera. Y el que no quiere trabajar por sus hermanos, cesará pronto de rogar por ellos ó de amarlos. Además, ¿no está escrito, que el hombre que no ama á su hermano, á quien ha visto, menos amará á Dios, á quien no ha visto?

—Repito, ¿sabes á dónde conducen tus argumentos?

—Soy un hombre sencillo, y no entiendo de argumentos. Si una cosa es verdad, que conduzca donde conduzca, siempre será adonde quiera Dios.

—Pero, en ese caso, sería preferible para un hombre casarse, procrear hijos y mezclarse en el tumulto de los afectos carnales, á fin de tener mas personas que amar y por quienes temer y trabajar.

Pambo guardó silencio un instante.

—Soy un monge, dijo al fin, y no un

lógico. Pero repito, que si dejas los Lauros por el desierto, es contra mi voluntad. Mejor quisiera, si mi deseo hubiera de hacerse, verte instalado cerca de la metrópoli, en Troe ó en Canope, por ejemplo, donde pudieras tomar parte en las batallas del Señor. ¿De qué sirve aprender la sabiduría del mundo, si no ha de emplearse en el bien de la Iglesia? Basta. Vámonos.

Y los dos ancianos atravesaron el valle para dirigirse al monasterio, muy agenos de la respuesta práctica á sus argumentos que los aguardaba en la celda del abad Pambo. Allí encontraron un hombre alto y de rostro severo, ocupado en satisfacer su hambre con dátiles y mijo, sin olvidarse del vino de palmera, único regalo de la casa, y que no se sacaba mas que para obsequiar á un huésped.

La espléndida y cortés hospitalidad de los orientales, no menos que la prudente bondad de los monges cristianos, impidieron al abad interrumpir al extranjero; y solo despues que hubo acabado de comer, le preguntó Pambo su nombre y el asunto que allí le traia.

—Me llamo Pedro, y vengo de orden

de Cirilo con cartas y mensajes para el hermano Aufugo.

Pambo se levantó é inclinó respetuosamente!

—Dígnate acompañarnos á la celda de Aufugo.

Pedro los siguió con aire de importancia á su pequeña choza; y allí, sacando del pecho la carta de Cirilo, la entregó á Arsenio, el cual se sentó, leyéndola y releyéndola con ceñuda frente, mientras que Pambo le contemplaba asustado, no atreviéndose á interrumpir meditaciones que creía de insondable profundidad.

—Estos son, sin duda, los últimos dias, dijo Arsenio al cabo, de que habla el profeta, en que muchos correrán acá y allá. ¿Conque Heracliano se ha dado á la vela para Italia?

—Hace tres semanas que unos mercaderes de Alejandría encontraron su armada en alta mar.

—¿Y el corazon de Orestes se endurece cada vez mas?

—Sí, es otro Faraon, aunque, hablando con verdad, quien le inspira es Hipatia, la pagana.

—Siempre he temido yo mas á esa

muger, que ha todas las escuelas de los paganos, dijo Arsenio. Pero ¡y el conde Heracliano, á quien consideraba el mas sábio y justo de los hombres! ¡Ay! ¡ay! ¿qué virtud es capaz de resistir, cuando la ambicion se apodera del corazon humano?

—Terrible, realmente, dijo Pedro, es el deseo del poder; pero en cuanto á Heracliano, yo empecé á desconfiar de él desde que le ví tan indulgente con los Donatistas.

—Cierto. Así un pecado trae en pos de sí otro.

—Yo considero la indulgencia con los pecadores como el peor de los pecados.

—No tan así, dijo Pambo humildemente.

Pero Pedro, desentendiéndose de aquella interrupcion, se dirigió á Arsenio.

—Y ahora, ¿qué respuesta me dá tu sabiduría para su santidad?

—Un momento.... aguarda un momento.... Necesita pensarse.... Deberia conocer mejor el estado de las cosas. ¿Supongo que él se habrá puesto

en comunicacion con los obispos de Africa y tratado de unirlos á su partido?

—Hace dos meses. Pero los porfia- dos cismáticos están aun celosos de él, y se mantienen á distancia.

—Cismáticos es un termino demasia- do duro. ¿Ha enviado á Constantinopla?

—Necesita una persona acostumbra- da á las cortes; y cree que tu experien- cia pudiera tomar á su cargo esa mision.

—¿Mi experiencia? ¿Quién soy yo? ¡Ay! ¡Es la tentacion diaria! Que envíe á quien mejor le acomode.... Sin em- bargo.... si yo estuviese.... á lo me- nos en Alejandria.... mis consejos.... Sin duda veria un camino mas despeja- do.... Acontecimientos imprevistos pu- dieran ocurrir.... Pambo, amigo mio, ¿crees que seria pecado obedecer al san- to patriarca?

—¡Ah! ¡Ah! dijo Pambo riéndose, ¿y eres tú el que, no hace un instante, es- tabas decidido á huir al desierto? ¿Y ahora que oyes á lo léjos el rumor de la batalla, estás impaciente en el valle, como el viejo caballo de guerra? ¡Ve, y Dios sea contigo!

—¿Hablas de veras?

—¿Qué acabo de decirte en el jardin?

Ve, y envíame noticias de nuestro hijo.

—¡Ah! ¡imperdonable olvido! En to- do este tiempo no me habia acordado de preguntar por él. ¿Cómo se encuen- tra el jóven?

—¿Qué jóven?

—Filemon, nuestro hijo espiritual, que enviamos á Cirilo hace tres meses, dijo Pambo. No me cabe duda de que á estas horas tendrá buena colocacion.

—¿Quién, él? Se ha marchado.

—¿Se ha marchado?

—Sí, y con la maldicion de Júdas so- bre su alma. A los tres dias de estar allí, me maltrató públicamente en el pa- tio del palacio arzobispal, abandonó la fé de Cristo, y huyó á reunirse con la pagana Hipatia, de quien está enamo- rado.

Los dos ancianos se miraron pálidos de terror.

—¿Enamorado de Hipatia? dijo al fin Arsenio.

—¡Es imposible! añadió Pambo. ¡El jóven debe de haber sido tratado dura é injustamente! Alguien le habrá insul- tado; y como no habia visto hasta en- tonces sino bondad para con él, no ha- brá podido sufrir. ¡Hombres crueles!

¡Dios os pedirá cuenta de la sangre de ese niño!

—¡Esta es, dijo Pedro levantándose con orgullo, la justicia de la tierra! ¡Culpame á mí, culpa al patriarca, culpa á todos, menos al pecador! ¡Como si una cabeza ardiente y un corazón todavía mas ardiente, no bastasen para explicarlo todo! ¡Como si fuese la primera vez que un joven loco cae en las redes que le tiende un hermoso semblante!

—¡Oh, amigos míos, amigos míos! exclamó Arsenio: ¿por qué os injuriáis uno á otro sin motivo? Yo.... únicamente yo merezco censura. ¡Yo te aconsejé, Pambol!.... Yo le envié.... ¡Yo debiera haber sabido.... lo que hacia, conociendo tan bien el mundo, con arrojar al pobre inocente en medio de las tentaciones de Babilonia! ¡Ese es el resultado de todos mis proyectos! ¡Y ahora su sangre caerá sobre mi cabeza, como si no tuviese ya bastantes pecados que expiar! ¡Sí, iré á rescatar á mi Josef, al hijo de mis viejos años, de manos de los Madianitas! ¡Iré contigo.... ahora.... al instante! ¡No descansaré hasta encontrarle, y abrazaré sus rodillas hasta que se com-

padezca de mis cabellos blancos! Que Heracliano y Orestes sigan su camino.... Yo le encontraré, repito. ¡Oh, Absalon! ¡Hijo mio! ¡Pluguiese á Dios que hubiera muerto por tí, hijo mio! ¡Hijo mio!

## CAPITULO XII.

### LOS GOCES SENSUALES.

La casa que Pelagia y el Amal habian alquilado despues de su vuelta á Alejandría, era una de las mas magnificas de la ciudad. Hacia tres ó mas meses que vivian en ella, y en este tiempo el gusto de Pelagia habia suplido lo poco que le faltaba para llegar á ser un paraíso de goces sensuales. Pelagia era rica; y sus huéspedes godos, poseyendo con exceso despojos romanos, cuyo uso no entendian, la dejaban, y tambien á sus niñas, gastar con ellos los tesoros que habian ganado en muchos y terribles combates. ¿Qué les importaba? Con tal que tuviesen bastante que comer, y mas aún que beber, ningun uso mejor